

de latín y griego, remanentes del ideal humanista. También se requería algún conocimiento de los poetas de la antigüedad leídos en la lengua original. Este período se ha cerrado y el latín ha desaparecido también de la liturgia católica, sin muchas probabilidades de que renazca. Pero al mismo tiempo, a juzgar por la poesía, según dice Robert Graves, el pasado de los mediterráneos —judíos, griegos, romanos— ha empezado a tener una existencia aún más intensa en nuestra conciencia que la que poseía entre nuestros educados predecesores, aunque de una manera diferente. Se pueden multiplicar los ejemplos entre los poetas. Asimismo, la presencia de míticas figuras tomadas de la literatura europea o de la leyenda literaria, es más vívida que en cualquier época anterior; figuras como Hamlet, Lear, Próspero, François Villon, Fausto.

Partiendo de esta perspectiva, vale la pena mencionar las aventuras de un poeta; al menos algunos pocos de sus poemas pertenecen al canon del siglo XX y merece el título de precursor, aunque su obra en conjunto es desigual. Constantino, Cavafis, un griego de Alejandría, nació en 1863. Tras muchas tentativas de escribir en el espíritu del *fin-de-siècle*, se atrevió a seguir una idea ajena a la moda literaria, sumamente subjetiva, de sus contemporáneos. Se identificó a sí mismo con todo el mundo helénico, desde los tiempos de Homero hasta la dinastía de los Seléucidas y Bizancio, encarnándose en ellos de modo que su viaje a través del tiempo y el espacio era también un viaje hacia su propio reino interior, su historia como heleno. Quizá el impulso vino de su familiaridad con la poesía inglesa, especialmente con Robert Browning y sus *personae*, tomados de la Italia del Renacimiento. Tal vez leyó también los poemas de Pierre Louis, las *Canciones de Bilitis*. Sea lo que fuere, los mejores poemas de Cavafis son meditaciones sobre el pasado, que aproxima de modo que el lector percibe los personajes y situaciones de muchos siglos atrás como si fueran familiares. Parecería que Cavafis pertenece a la segunda mitad de este siglo, pero ésta es una ilusión que surge de su tardía llegada al mundo de la poesía a través de traducciones. De hecho fue casi desconocido en vida (a pesar de que T. S. Eliot lo publicó en su *Criterion*) y se le descubrió gradualmente después de su muerte en 1933. Escribió sus poemas más famosos antes de la I Guerra Mundial. «Waiting for the Barbarians» es de 1898; «Ithaka» en su primera versión está fechado en 1894 y en la segunda, en 1910. «King Dimitrios» es de 1900; «Dareios» e «In Alexandria, 31 B.C.» llegaron algo más tarde, en 1917.<sup>3</sup>

Puesto que he tratado de presentar mi fondo polaco y he utilizado ejemplos tomados de la poesía polaca en estas conferencias, sería quizá apropiado señalar que la presencia del pasado helénico en Cavafis es harto comprensible para un poeta de Polonia. El verdadero hogar de un poeta polaco es la Historia, y a pesar de que la historia polaca es mucho más breve que la de Grecia, no es menos rica en derrotas e ilusiones perdidas. En la decisión de Cavafis —explotar su propia historia helénica— su lector polaco reconoce la idea que ya había descubierto cuando leía poetas de su propia lengua: aquélla en la que percibimos la condición humana con piedad y terror, no en abstracto sino siempre en relación con un espacio y tiempo determinados, en una provincia precisa, en un determinado país.

<sup>3</sup> Milosz utiliza obviamente la traducción inglesa. Se trata de «Esperando a los Bárbaros», «Itaca», «El rey Demetrio» y «En Alejandría, año 31 a. C.».

He elegido para citar el «Darios» de Cavafis, probablemente porque el personaje que en él aparece está tratado con humor condescendiente y se une al malestar que siente el poeta respecto a la fama. Busca la fama tanto de los labios del monarca como por un reconocimiento de parte de maliciosos críticos. Este retrato de un poeta de hace dos milenios se ajusta a mi acercamiento ligeramente irónico hacia mi propia profesión, que debe ser perceptible en lo que he dicho acerca de sus peculiaridades.

## DAREIOS

Phernazis el poeta está trabajando  
 en el pasaje crucial de su epopeya:  
 de cómo Dareios, hijo de Hystapis  
 se apoderó del reino Persa.  
 (Es de él, Dareios, que nuestro glorioso rey,  
 Mitrídates, Dionisos y Evpater descende)  
 Pero esto exige una seria consideración: Phernazis debe analizar  
 los sentimientos que Dareios debe haber tenido:  
 ¿arrogancia, quizá, o intoxicación? No; más bien  
 una cierta comprensión de las vanidades de la grandeza.  
 El poeta piensa profundamente en el problema.

Pero su criado, irrumpiendo,  
 lo interrumpe para anunciar nuevas muy importantes  
 la guerra con los romanos ha comenzado  
 la mayor parte de nuestro ejército ha cruzado las fronteras.  
 El poeta está atónito. ¡Qué desastre!  
 ¿Cómo puede nuestro glorioso rey,  
 Mitrídates, Dionisos y Evpator,  
 molestarse ahora leyendo poemas griegos?  
 En medio de la guerra, piensa, ¡poemas griegos!

Phernazis arroja todo lo hecho. ¡Qué mal comienzo!  
 Precisamente en el momento en que estaba seguro de destacarse  
 con su *Dareios*, seguro de conseguir  
 que sus envidiosos críticos callaran de una vez y para siempre.  
 Qué revés, que terrible revés para sus planes.

Y si esto sólo fuera un revés, no sería tan malo  
 ¿Pero podemos considerarnos realmente a salvo en Amisos?  
 La ciudad no está muy bien fortificada,  
 y los romanos son los enemigos más espantosos.

¿Somos nosotros, los Capadocios, capaces de igualarles?  
 ¿Es eso concebible?  
 ¿Somos capaces de competir con las legiones?  
 Grandes dioses, protectores de Asia, ayudadnos.

Pero a través de toda su nerviosidad, de todo el tumulto,  
 la idea poética va y viene insistentemente:  
 arrogancia e intoxicación; esto es lo más probable, claro;  
 arrogancia e intoxicación es lo que Dareios debe haber sentido.

Como advertimos a través del comentario al poema de Cavafis, el poeta Phernazis es un personaje ficticio. La ciudad en que vive, Amisos, estaba situada en la costa de Pontus, en el mar Egeo. Mitrídates IV (Evpator) era un rey de Pontus, que comenzó una guerra con Roma en el año 71 a.C. y en ese momento tiene lugar la acción del

poema. Amisos fue tomada por los romanos tres años después, y el rey Mitridates perdió la guerra con Pompeyo en el 66 a.C.

Acabo de aludir a la identificación con seres del pasado, a un sentimiento de fraternidad que nos ayuda a penetrar el velo del tiempo. El poeta Phernazis ilustra un secreto de la vocación poética. Sus angustias, cuando estalla la guerra y el destino de su ciudad y su país están en juego, son cómicas. Y entonces, simultáneamente con su enfermedad profesional —su hipersensibilidad hacia las opiniones favorables acerca de su obra— algo más lo impele: «Pero a través de toda su nerviosidad, todo el tumulto / la idea poética va y viene insistentemente». Un poeta no puede escapar del todo de su pequeño juego de orgullo y humillación, pero al mismo tiempo se libera una y otra vez de su ego a través de la «idea poética». Todo esto adquiere una peculiar expresividad porque, precisamente, la ciudad de Amisos, el poeta Phernazis y el rey de aquel país son para nosotros meras sombras que nos piden que les demos vida, como las sombras del Hades hacen con Homero.

Volver al presente lo pasado. Aún estamos dispuestos a creer que el poeta recibe más de una vida porque es capaz, precisamente, de andar por las calles de una ciudad que existió hace más de dos mil años. Pero quizás es justamente eso lo que la gente persigue en su incesante búsqueda del pasado en reproducciones de arte antiguo, arquitectura, moda y museos llenos de público. Un hombre unidimensional quiere adquirir nuevas dimensiones colocando en máscaras y vestidos las maneras de sentir y pensar de otras épocas.

Temas más serios también están involucrados aquí. «¿De dónde vendrá una renovación para nosotros, para nosotros que hemos despojado y devastado todo el globo terráqueo?» pregunta Simone Weil. Y responde: «Sólo del pasado, si lo amamos». A primera vista es una formulación enigmática y es difícil conjeturar qué pensaba. Su aforismo adquiere sentido a la luz de otra de sus opiniones. Cuando dice en otro lugar: «Hay dos cosas que no pueden limitarse a ningún racionalismo: Tiempo y Belleza. Debemos partir de ellas.» O: «La distancia es el alma de la belleza». El pasado está «tejiendo con tiempo el color de la eternidad». En su opinión, es difícil para un hombre alcanzar la realidad, porque está obstaculizado por su ego y por la imaginación puesta al servicio de su ego. Sólo una distancia en el tiempo nos lleva a ver la realidad sin colorearla con nuestras pasiones. Y la realidad vista de este modo es bella. Es por eso que el pasado tiene tanta importancia: «El sentido de la realidad es puro en él. Aquí es pura alegría. Es pura belleza. Proust». Al citar a Simone Weil pienso en qué me ha hecho tan receptivo a su teoría de la purificación. Probablemente no es la obra de Marcel Proust, que ella amaba tanto, sino una obra que leí mucho antes, en la infancia, y que fue desde entonces mi constante compañía: *Pan Tadeusz*, de Adam Mickiewicz, un poema donde los más ordinarios incidentes de la vida diaria se convierten en una trama de cuento de hadas, porque están descritos como ocurridos hace mucho tiempo, y allí el sufrimiento está ausente porque el sufrimiento sólo nos afecta a nosotros, los vivos, pero no a los personajes invocados por una memoria que todo lo perdona.

La humanidad también puede sondearse a sí misma en el sentido de buscar una realidad purificada por el «color de la eternidad»; en otras palabras, sólo por la belleza. Probablemente es esto lo que Dostoievsky, escéptico como era respecto al destino de

la civilización, quería significar cuando afirmaba que el mundo podría salvarse a través de la belleza. Esto significa que nuestra creciente desesperanza ante la divergencia entre la realidad y el deseo de nuestros corazones podría remediarse, y el mundo que existe objetivamente —tal vez como aparece a los ojos de Dios y no como nosotros lo percibimos, deseosos y sufrientes— podría aceptarse con todo su bien y su mal.

He ofrecido varias respuestas a la pregunta de por qué la poesía del siglo XX tiene un tono tan tenebroso y apocalíptico. Es bastante cierto que las causas no pueden reducirse a una sola. La separación entre el poeta y la gran familia humana; la progresiva subjetivización que se hace manifiesta cuando estamos aprisionados en la melancolía de nuestra transitoriedad individual; los automatismos de las estructuras literarias, o sencillamente de la moda: todo esto tiene sin duda una gravitación. Si bien he declarado que estoy por el realismo como el consciente o inconsciente anhelo del poeta, debo conceder lo que es debido a una sobria evaluación de nuestro predicamento. La unificación del planeta no se está consumando sin un alto coste. A través de los medios de masas, los poetas de todos los lenguajes reciben información de lo que ocurre a través de la superficie de toda la Tierra: de las torturas infligidas a hombres por otros hombres, del hambre, la miseria, la humillación. En los tiempos en que su conocimiento de la realidad estaba limitado a una aldea o a un distrito, los poetas no tenían semejante carga que soportar. ¿Sorprende que se sientan siempre moralmente indignados, responsables; que ninguna promesa de los futuros triunfos de la ciencia y la tecnología puedan velar estas imágenes del caos y la humana locura? Y cuando tratan de visualizar el futuro próximo no hallan nada allí salvo la probabilidad de crisis económica y guerra.

Este no es el lugar para decir qué va a suceder mañana, como hacen las adivinas y los futurólogos. La esperanza del poeta, una esperanza que yo definiendo, que adelanto, no está delimitada por ninguna fecha. Si la desintegración es una función del desarrollo y el desarrollo una función de la desintegración, la carrera entre ambos puede muy bien terminar con la victoria de la desintegración. Por largo tiempo pero no para siempre: y es aquí donde entra la esperanza. No es ni quimérica ni disparatada. Al contrario, cada día pueden verse signos indicando que ahora, en el momento presente, está naciendo algo nuevo, en una escala antes nunca vista: la humanidad como una fuerza elemental, consciente de que trasciende la Naturaleza, porque vive con la memoria de sí misma, es decir, en la Historia.

**Czesław Miłosz**

(Traducción: *José Agustín Mahieu*)